

o es que te has olvidado de Monroe y su Doctrina?⁵
¿No es ya para tus caprichos una piscina el «mare nostrum»
un charco el Atlántico y un lago el Pacífico?
¡Oh, buenazo de Walt Whitman, transgresor de fronteras,
te has divorciado de tu «Captain, my captain»,
y tu boca yanqui no está «anchored safe and sound» en los puertos
del mundo!

Un viento de huracanes recorre el universo
sembrando el caos, la desolación, la muerte.
Sólo tú, Walt Whitman, ciclópico y humano,
rico, poderoso, entusiasta, dinámico, sencillo, juguetón,
inocente, malcriado, puedes abrir tu abundante boca apocalíptica
y decir al mundo en breves y sencillas palabras americanas:
–Hermanos, «América es el arsenal de la democracia»,
vivamos en paz, en paz fecunda, en libertad de paz,
donde el débil viva y viva e poderoso, «with liberty and justice for all».⁶

Pueblo...

He aquí el Pueblo: es el montón
barbudo, sucio y mal oliente...
Es la gleba, mezcla de mar y de lobo.
Helo aquí, en el apogeo de la ira,
con los puños crispados al sol,
con un rictus de odio en la boca,
con los dientes afilados y rechinantes,
con el manantial del sudor
bajándole en tibios ventisqueros

⁵ La Doctrina Monroe fue gestada por John Quincy Adams y presentada por el quinto presidente de los Estados Unidos, James Monroe, en 1823. Con su famosa frase «América para los americanos», la doctrina establecía que cualquier intervención de los estados europeos en América sería considerada como una agresión y requeriría la intervención militar de Estados Unidos. Ya se sabe el fatal derrotero del imperialismo y del colonialismo estadounidense.

⁶ Pedro Juan Brull, «Salutación a Walt Whitman», en Rosa-Nieves, *op. cit.*; pp. 96-97.

por el lomo de su espalda recia y maciza.
Helo aquí, en el esplendor de la hora arbitraria y roja,
en el clima del minuto bestial,
en el paroxismo de la locura,
llenas las fauces insatisfechas
de la baba que produce el coraje.
Helo aquí, hambriento y escuálido
después de haber sembrado
los plantíos y recogido las cosechas.
Esto es el pueblo, el harapo, la miseria
que da la Gloria, la mugre que da el oro.
Aquí está: anémico y bilioso,
con el traje raído y sucio,
con los pies tajeados y desnudos,
con el estómago roto porque el hambre
devoró sus miembros, porque el frío
silenció sus fuerzas...
Aquí está, sudoroso y manso,
con una inefable tristeza en el semblante
prematuramente viejo y curtido;
desamparado y solo, perdido en el torbellino de la vida,
en espera del Azote o que le muerda la vorágine.
Helo aquí, es la más humilde de las bestias;
él, que ha creado un millón de naciones;
él, que ha agujereado la tierra;
él, que agujereado el cielo;
él, que ha peinado el mar...

No veis al Pueblo?
No oís al Pueblo?
Yo le veo en los largos caminos desafiantes,
picota en la mano, risueño y feliz,
auscultando el vientre de la Tierra.
Yo le veo en el corazón de la montaña
derribando árboles que han de abastecer tiranos.
Yo le oigo rugir en los astilleros,

cantar en los teatros,
morir en las factorías;
yo le veo cavar su propia fosa,
y, luego, bajar, bajar hasta el fondo
en busca de un Redentor...⁷

⁷ Pedro J. Brull, "Pueblo...", *El Diluvio*, año X, número 387, 20 de septiembre de 1930; p. 14.